

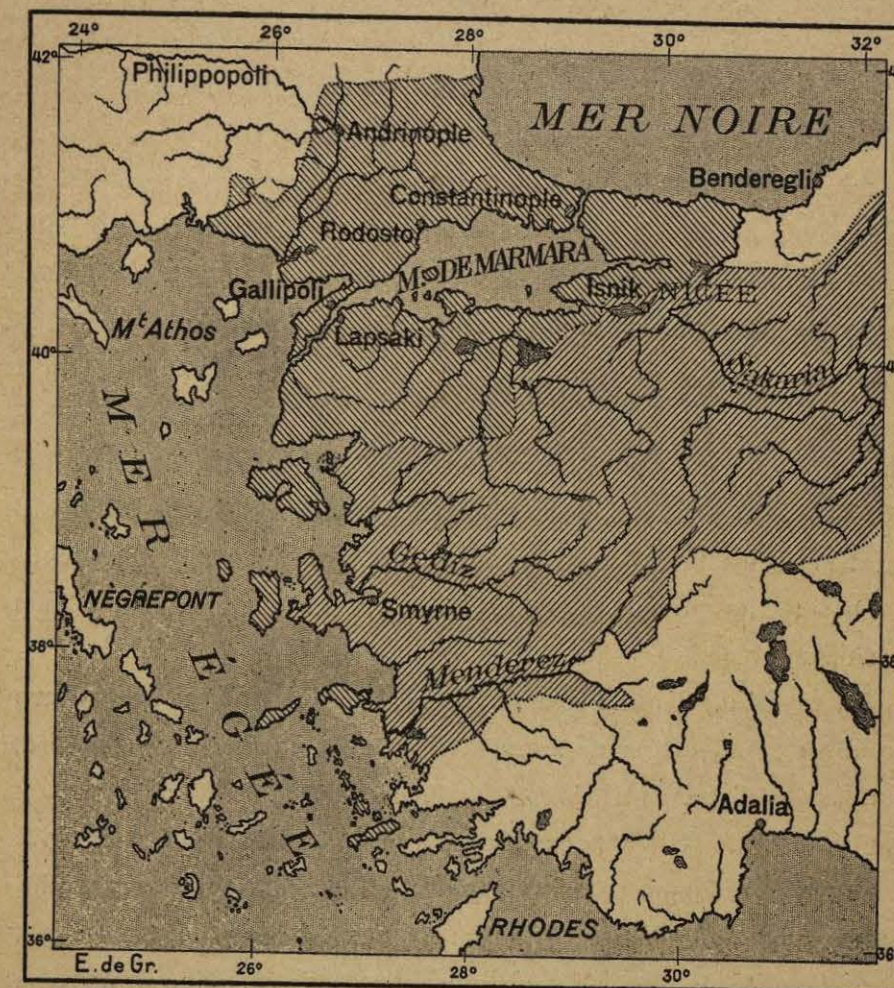
período doloroso de su historia de servidumbre y de rebajamiento moral que dura todavía y que, por una singular ironía de las cosas, había de unirles estrechamente á esa misma Iglesia Romana por la cual fueron vendidos á Inglaterra.

En tanto que unas cruzadas parciales se realizaban en Occidente, la cruzada propiamente dicha contra el Islam continuaba en Oriente. La tercera cruzada que partió para la reconquista de Jerusalem produjo la escena más decorativa y romántica de la guerra, puesto que en ella figuraron á la vez, de un lado, el héroe Barbarroja, que desapareció obscuramente y de quien se apoderó la leyenda, el ardiente Ricardo Corazón de León, el prudente político Felipe Augusto, y del otro, Saladino, el modelo de todos los caballeros, árabes ó cristianos. Pero la importancia de los resultados no respondió á la grandeza de la representación. Jerusalem no fué reconquistada por los cristianos, y lo único que obtuvieron de su cortés adversario, fué el favor de ir sin ser molestados á arrodillarse ante el Santo Sepulcro. Habíase formado además una tercera orden de caballería, la de los caballeros Teutónicos, cuyo acero habían de sentir pronto y cruelmente los paganos de la frontera alemana, entre los Prusianos y los Lituanios.

La cuarta cruzada hasta ignoró Jerusalem. Había tomado por objetivo el valle del Nilo, á fin de apoderarse de sus campos ricos en trigo y del camino de las Indias; pero una vez en marcha, los Venecianos, que transportaban los cruzados en sus barcos, dirigieron á sus ávidos aliados hacia otro punto, Constantinopla. Hasta entonces las bandas occidentales, aunque chocando frecuentemente contra sus huéspedes de pasaje, los Bizantinos, no habían osado hacerse culpables de una violación completa de la fe jurada y la majestad del imperio les había retenido. Habiendo ido á combatir los Musulmanes y libertar la tumba de Jesucristo, los Cruzados no podían decentemente detenerse en camino para exterminar á otros cristianos; pero esta vez la tentación era demasiado fuerte, y no resistiendo á ella, tomaron la ciudad por astucia, quemaron la mitad y devastaron el resto (1204). Mientras que los Venecianos, conocedores de las cosas bellas, se apoderaban de ellas para que sirvieran de adorno en

su propia ciudad las cuádrigas y las puertas triunfales, los bárbaros occidentales de Francia y de Bélgica fundían los bronce y los objetos de oro para fabricar monedas, armas y groseros adornos.

N.º 316. Imperio Latino é Imperio de Oriente.



1: 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

El imperio Latino se extendía sobre las dos riberas del Bósforo. El imperio de Oriente tenía su capital en Nicea (Isnik). Negroponto (Eubea) y las Cíclades estaban gobernadas por familias venecianas, lo mismo que Rodosto, Galípolis y Lapsaki.

¿No procede en gran parte el rencor que el Occidente conserva contra Bizancio de que, cuando su contacto con los Griegos de Constantinopla, los Cruzados, antepasados de los civilizados de Francia y de Alemania, tuvieron clara conciencia de su inferioridad?

Habían debido reconocer que eran incontestablemente bárbaros, no sólo desde el punto de vista de las artes y de los oficios, sino también por el saber vivir y por la moral: se habían sentido rudos, groseros, ávidos y feroces. Ana Comneno se queja de la espantosa codicia de los Latinos y de su intolerable charla. De una parte y de otra se odiaban francamente. De ese modo los papas de Occidente fracasaron en la ambición que les había impulsado, durante todo el curso de las Cruzadas, á predicar la unidad de la fe. En vano fué que trataran de restablecer la Iglesia ecuménica en provecho de su poder personal: participaban de esta ilusión tan común á los hombres, que basta obtener el asentimiento de los soberanos para realizar profundas transformaciones en las masas populares. Cuando los Cruzados, dueños ya de Bizancio, se dejaron llevar de todo el furor de sus apetitos de lucro, de grosería y de violencia, los odios estallaron tan vivos entre Latinos bárbaros y Griegos civilizados, que toda idea de unidad religiosa debió de desvanecerse en seguida. El contraste se estableció más irreconciliable que nunca, los cristianos de Oriente no podían perdonar á los de Occidente la humillación de hallarse sometidos á su dominio.

En realidad, el establecimiento temporal del imperio Latino tuvo por único resultado empobrecer á Bizancio y facilitar su conquista futura á los Turcos invasores. Habiendo roto los Occidentales el gran resorte de la resistencia, prepararon la destrucción definitiva del imperio, pero por otros enemigos más sólidamente organizados que lo que ellos mismos estaban: trazaron la vía que dos siglos después había de seguir el conquistador Mahoma. Por otra parte, Balduino de Flandes y los que le eligieron como emperador no supieron acomodarse en modo alguno á las costumbres orientales y á las tradiciones políticas de Bizancio; aportando sus ideas del mundo feudal del Occidente, trataban de aplicarlas lo mejor posible á aquel nuevo país que para ellos permanecía desconocido. En primer lugar dividieron el país en grandes feudos y en señorías vasallas, como para establecer en el país las disensiones y la guerra en permanencia: tuvieron, pues, que luchar entre sí, al mismo tiempo que se defendían contra los Búlgaros del Norte, contra los Turcos del Este y los principados griegos independientes que se habían conservado

en Epiro y en Anatolia. De ese modo el imperio Latino, cada vez más reducido, cesó de existir después de poco más de medio siglo (1204 á 1261) de precaria existencia.

Las comarcas del imperio de Oriente donde la influencia occidental se hizo sentir más, fueron el Peloponeso y las islas esparcidas en derredor de la Grecia continental. El hecho se explica fácilmente: la Morea y las Esporadas eran mucho más fáciles de visitar de Francia y de Venecia que las escalas del Oriente propiamente dicho; además, la Morea, dividida naturalmente en cuencas separadas como los alveolos de una colmena, se prestaba mejor que cualquier otro país á la organización del régimen feudal, mientras que cada una de las Cíclades, con su puerto y su depósito de comercio, llegaba á ser fácilmente una factoría, un jardín y un olivar para una gran familia cualquiera de nobles venecianos. Hasta 1540, cerca de tres siglos y medio después de la sorpresa que dió lugar á la fundación del imperio Latino, no se vió obligada Venecia á evacuar sus últimas posesiones helénicas. En Morea se encuentran especialmente aún hermosas construcciones militares que atestiguan una sólida ocupación de la comarca por los barones occidentales.

Las dos últimas cruzadas, que dirigió el rey de Francia, Luis IX, proclamado «santo» por la Iglesia católica, volvieron á tomar el carácter religioso que habían perdido las precedentes expediciones de conquista y de saqueo. Los Cruzados volvieron á ser los «soldados de Dios», pero soldados que no tenían la fe triunfante. San Luis fué igualmente desgraciado en sus dos expediciones: habiendo atacado Egipto, que consideraba acertadamente la llave del Santo Sepulcro, apenas pudo apoderarse de la ciudad de Damietta (1249); después, rodeado de enemigos, sufrió la humillación de caer en cautiverio con gran parte de su ejército y de haber de ser rescatado por su pueblo á fuerza de gravámenes é impuestos. En su segunda campaña no osó ya dirigir sus miradas hacia la «ciudad santa», definitivamente perdida, sino que limitándose á atravesar oblicuamente el Mediterráneo, desembarcó cerca de Túnez, donde murió de la peste con la mayor parte de los suyos (1270). La leyenda musulmana le rodeó de tanta veneración como la leyenda cristiana, pretendiendo que á la hora de la muerte se había convertido á la fe del Islam.

A lo menos había sido el testigo involuntario de la impotencia de la Cruz contra el Corán, y su reino, Francia, que fué el primero en el movimiento de las Cruzadas, fué también el último, resultando lamentablemente debilitado. Akka ó San Juan de Acre, la única ciudadela que los cristianos habían conservado en Tierra Santa, cayó en 1291, y sus defensores se dispersaron por Europa y las islas del Mediterráneo. De las Cruzadas no quedó en Asia más que murallas, tradiciones inciertas y en las montañas de Líbano una vaga simpatía de las tribus cristianas hacia la Francia católica. En cuanto á la población mezclada esparcida aquí ó allá en Jerusalem, Antioquía, Edesa y otras ciudades militares, desapareció rápidamente: en el espacio de algunas generaciones, los «potros», como se llamaba á las gentes de raza cruzada, franca y oriental, se confundieron con los indígenas como las gotas de lluvia perdidas en la inmensidad del mar.



## ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL TERCER TOMO